

Precio
de
Suscripción

Número suelto. 0,15 ptas.

Mensual..... 5,00

Anual..... 55,00



Diario
Nacional
Sindicalista

REDACCION Y

ADMINISTRACION:

Armas, 1, 3.º

Año II

Toledo, 9 de Enero de 1937

Número 65

Una Patria. Un Estado. Un Caudillo.

Ha sido conquistado Aravaca y nuestras fuerzas prosiguen su avance victorioso

En Andalucía la Caballería se apoderó de un carro de asalto conducido por un brigada francés.--Llevaba balas dum-dum para la ametralladora

Una Patria: España
Un Caudillo: Franco

BOLETIN INFORMATIVO

Comunicado oficial del Cuartel General del Generalísimo hasta las veintiuna horas del día 8 de enero de 1937.

EJERCITO DEL NORTE:

5.ª, 6.ª, 7.ª y 8.ª División.—Sin novedad, con ligero tiro de fusil y cañón.

División de Soria.—Sin novedad.

División de Madrid.—Han continuado las operaciones en el frente de Pozuelo y Aravaca, siendo ocupado y rebasado, así como las trincheras después de brillantísimo combate, cogiendo gran cantidad de muertos, armamento, un tren blindado, ametralladoras, bombas de mano, caretas y vestuario; puede calcularse el número de bajas pasa del millar, cumpliéndose perfectamente todos los objetivos propuestos.

En todos los puntos se presentan soldados demostrando gran alegría por haber salido del infierno rojo. Dan cuenta de los horrosos crímenes que han presenciado y que continúan como el primer día.

EJERCITO DEL SUR:

En Andalucía intentaron un ataque sobre Porcuna, cogiendo la Caballería un carro de asalto conducido por un brigada francés llamado Mayer; las balas de la ametralladora eran dum-dum. Rechazado el ataque se notó vivo tiroteo a la espalda de los que se retiraban hecho por los internacionales a los que se retiraban.

Salamanca, 8 de enero de 1937.—De orden de su Excelencia el Generalísimo el coronel segundo Jefe de Estado Mayor,

Francisco Martín Moreno

EL EXODO

Ya no hay alegría en el pueblo, la risa ha perecido, las cabañas se han quedado silenciosas, están vacíos los establos y la tristeza flota sobre los prados y los tapias. Otros años, cuando llegaban los fríos del invierno, el bullicio de la «rolda» alegraba la noche y rasgaba las sombras. Poco después del toque del «Angelus», el «relincho» de los rondadores estremecía todos los rincones del valle; chapoteaban los zuecos bajo las ventanas, se llenaba la niebla de cantares, y las solanas y las cocinas ardían de requiebros

campesinos y de frases ingeniosas. Ahora nadie ríe ni canta; no hay tertulias ni amistades; cuando un hombre ve a otro detrás de una tapia, huye como si hubiera visto un espía, un delator, un asesino; hasta de la propia sombra se desconfía; una palabra, que antes se llevaba el viento, puede costar la cárcel, la hacienda, la vida. Ya no se oye el toque del «Angelus»; la torre llora silencios de sus arcos vacíos, desde aquella tarde en que unos hombres de caras hoscas, de burlonas miradas, llegaron de la orilla del mar,

entraron en la iglesia, se vistieron a guisa de mandil las antiguas casullas de los días de fiesta, tiraron al suelo las campanas y se las llevaron a la ciudad para fabricar bombas.

Así dicen los que vienen del otro lado, de la Montaña verde, tan española otro tiempo, ahora tártara y roja. Allí la blasfemia, la mentira y el terror. Se ha apagado la voz de Pereda, Menéndez y Pelayo ya no entiende la lengua de sus compatriotas, Chisco ha perdido su honradez y su bravura, Sotileza ya no tiene el hechizo de su gracia picante y altiva.

Todo ha cambiado en aquella tierra, esclavizada en nombre de una libertad hipócrita, profanada en nombre de una laicismo perverso, torturada y ensangrentada en nombre de una felicidad paradisíaca. Sus valles pintorescos se desdibujan, su riqueza desaparece, sus moradores se ven tendidos en los caminos o yacen en la cárcel o huyen a favor de las sombras de la noche, descolgándose por desfiladeros impracticables hasta ganar las tierras donde se vive y se trabaja en paz, donde se ama y se reza, donde la noche está libre de pesadillas y el día libre del hambre.

Cada día queda una casa vacía. Es imposible resistir, cuando se vive con el temor continuo de la visita del miliciano, que se presenta a la puerta de la cabaña, te encañona la pistola detrás de la oreja, y te dice: «¡Vengan cien pesetas!» Tal vez rebañando el arca se han podido contar los veinte duros; pero dos días después la escena se repite; ya no hay dinero, pero están las vacas. La «Chata», la «Pinta», la «Estrella»... todas van desapareciendo. Y el pobre vaquero llora lágrimas de ternura y de despecho. Al día si-

A nuestros lectores:

El no habernos llegado aún la remesa de papel, nos impide dar el número de páginas que acostumbremos. El aumento considerable de nuestra tirada diaria, debido a las simpatías con que nos ha acogido el público, hizo que se consumieran nuestras reservas antes de lo previsto.

guiente le llevarán la hija. ¿Quién sabe adonde? Ya han desaparecido Rosuca, la del Pepante y Tomasa, la del rico de Bustalegín. Se las llevaron un atardecer y nadie ha vuelto a saber de ellas.

Sólo queda un remedio: emigrar. Es sumamente difícil, y además peligroso. Hay que saber orientarse entre la niebla; hay que conocer las gargantas y precipicios de la montaña; hay que arrostrar el encuentro posible de una banda de rojos, peores aún que las profundas simas y los ventisqueros desconocidos. Si sales, el peligro te acecha; si te quedas, es inevitable la muerte. Si no viene de una manera violenta, te la darán lentamente, despojándote poco a poco, llenando tu existencia de terrores, sejetándote a un régimen de hambre, dándote cada día poco más de cien gramos de pan, pan integral—salvado y harina, con mezcla de almidón, de alubias, de arroz y de garbanzos—. Si, hay que emigrar.

Llega la noche de la aventura. Las últimas voces se han extinguido en los somos; se cierran todas las puertas, se apagan todas las luces. Junto a una hoguera, al lado del camino, se divierte un grupo de milicianos; vigilan, pero tal vez no se fijan en las sombras de los fugitivos deslizándose a lo largo de las tapias. La madre despierta al niño, que ha estado durmiendo toda la tarde; el hijo mayor saca del baúl los mejores vestidos, el amo de la casa recoge los documentos, los retratos, los menudos objetos a los cuales va adherido un recuerdo de familia, y avanza hacia la puerta. Como si se arrepintiese, da la vuelta y entra en el establo. Tres vacas tiene allí todavía. ¿Quiere, acaso, verlas por última vez? Ha pensado llevarlas consigo; pero son malas compañeras de viaje. Un vecino suyo, delatado por los bramidos de la vacada, cuando se disponía a fugarse, pagó caro su intento. Una idea atroz pasa por su mente: matarlas, envenenarlas, despeñarlas para que los asesinos no se aprovechen de ellas. Pero no tiene valor para ello. ¡Le envuelven en una mirada tan tierna y tan mansa! Por última vez se acerca a ellas, les soba el lomo y llena de hierba

los pesebres. Se presenta luego en el pago con los ojos húmedos y da la orden de salir.

Tres, cuatro horas de camino en medio de la obscuridad, sobre la niebla y bajo la lluvia. Aquí un arroyo y más allá un barranco. En el somo más alto encuentran un corral con una tejavana. Allí descansan durante las horas de la media noche. El lobo agulla entre las cajigas pero más temible que el lobo es el hombre. Se oye ruido de pasos, lento y receloso. Los emigrantes tiemblan y se acurrucan contra la pared. Unas sombras se acercan al cobertizo. El niño rompe a llorar, la mujer lanza un grito, pero se alza una voz varonil diciendo: «Somos gente de paz». Es otro grupo de fugitivos que lo han dejado todo por salvar la vida.

Al poco rato se reanuda la marcha. Subidas interminables, bajadas vertiginosas. El camino no se acaba nunca y la noche parece que va a ser eterna. Asoma, al fin, una luz brumosa y triste. Los viajeros ya no saben dónde están. ¿Es tierra de rojos la que pisan?

¿Se acercan a los hombres que les salvarán la vida? Una incertidumbre horrible les acongoja el alma y el hambre les hace desfallecer, y ya no pueden resistir el cansancio.

De pronto llega a ellos el sonido de una campana. Se estremecen de alegría; están salvos. Al otro lado ya no hay campanas. Pronto aparece el campanario y después el pueblo. Ya pueden dormir tranquilos. Pero el niño pide pan. No hay pan, no hay dinero; todo se lo llevaron los rojos. Y entonces el padre deja escapar una exclamación que durante el camino se le vino veinte veces a los labios: «¡Maldita República!»

Y ésta no es más que una tragedia insignificante; comparada con la horrible tragedia que desgarró el corazón de España. Ante ese mar de lágrimas y de sangre, ante ese espectáculo de incendio y de despojo, todo el que conserve una gota de sangre española tendrá que gritar rabiosamente: «Maldita, maldita, maldita».

Fr. Justo Pérez de Urbel.

Nuestras tropas se cubren de gloria en los frentes de Madrid

Se hacen prisioneros a un capitán y varios oficiales extranjeros.—Son recogidos 97 muertos abandonados por el enemigo, y numerosos fusiles, municiones y un fanque ruso.—Continúan pasándose a nuestras filas milicianos y milicianas rojas

(Por nuestro enviado especial, Julián Marín)

Si las jornadas de operaciones anteriores han resultado brillantísimas demostrando los mandos una táctica extraordinaria y nuestros gloriosos soldados una bravura insuperable, las de hoy sobrepasan a toda clase de elogios y a toda ponderación concebible.

Los soldados emplean sus fusiles en forma de maza

En la noche última el enemigo completamente desespe-

rado, atacó la Casa de Campo por el flanco izquierdo empleando lo más selecto de sus unidades y todos los rojos que por su voluntad se juramentaron para vencer y arrollar con su tenacidad a nuestras tropas.

La acometida, en efecto, fué realmente extraordinaria, pero nuestras tropas recontraatacaron con tal ímpetu no ya a la bayoneta, sino empleando los fusiles en forma de maza, que más de 20 soldados los

(Continúa en la página 6.ª)